

(200). La entidad superior a la que aquí se refiere Insausti es, en caso del escultor guipuzcoano, el País Vasco. Desde este punto de vista, defiende que toda la obra de Oteiza y su imagen pública a partir de su establecimiento definitivo en su tierra se pueden entender como un intento de comprenderse a sí mismo y de aprehender el alma de su pueblo desde un carisma estético ajeno a las instituciones.

En su conjunto, estos cinco artículos cumplen ampliamente la tarea de abrirnos el camino hacia la poesía de Oteiza. Trazan una red de referencias, dentro de la poesía vasca y también en el contexto de la poesía internacional, que nos permiten situar la obra del escritor vasco en el amplio panorama de la literatura del siglo xx. Al mismo tiempo, dejan también muchas pistas que invitan a seguir estudiando esta obra, muy especialmente en su aspecto más estético, aunque en este sentido hay que decir que se echa en falta una aportación que haga un análisis formal de la obra que se presenta.

No quiero dejar de destacar el cuidado de la edición en su aspecto más formal. Oteiza escribía sus versos con graffías particulares, y añadía en muchas ocasiones fotografías y dibujos como parte integrante del poema. En su obra, la composición espacial, los espacios en blanco y los bloques de textos tienen un valor muy significativo. El escritor busca también captar la mirada del lector a través de otros signos gráficos como cursivas, negritas o mayúsculas y llamar la atención con marcas como las repeticiones onomatopéyicas. Es decir, que como obra vanguardista (y como obra de escultor) tiene un fuerte componente visual. El editor ha respetado con pulcritud esta característica de la obra, que Oteiza exigía en sus publicaciones y que tantos quebraderos de cabeza dio a las editoriales que publicaron sus primeras obras. Sin embargo, ha optado por dejar el texto de la traducción (que se presenta en páginas enfrentadas al original) en una columna única, para no introducir ningún criterio de composición espacial ajeno al trabajo original del autor.

Como explica Juan Huarte en el prólogo, el mundo interior de Oteiza se expresa tanto por medio del hierro como a través de las palabras. Con esta edición podemos atisbar el panorama que nos descubre esta segunda vía, prácticamente inexplorada hasta ahora.

Rosa Fernández Urtasun
Universidad de Navarra

ROBERTS, Stephen G. H. *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2007. 267 pp. (ISBN: 978-84-780-0349-5)

A cualquiera que esté familiarizado con la imagen de Unamuno fabricada por la abundante producción historiográfica disponible sobre su figura y su obra, la lectura del título de este excelente libro no lo puede dejar impasible. Y es que a estas alturas establecer una relación directa entre su persona y la cuestión de la emergencia en España del intelectual moderno –como se señala en el título– tiene algo de provoca-

ción, y sin duda también mucho de envite (contra la posición historiográfica dominante en este tema de los intelectuales en España). Unas sensaciones las apuntadas que, por lo demás, no contribuye precisamente a aminorar el diseño de la portada, con una instantánea de gran magnetismo, pero sobre todo de extraordinario poder evocador de sensaciones tales como las del reto o del riesgo, que nos despierta seguramente la llamativa ambientación taurina de la imagen elegida para diseñar la portada, y a la que de manera tan empática parece responder Don Miguel con lo arrojado y gallardo de su postura, muy propia sin duda de todo un *matador*.

Que la osadía del título, y la voluntad de arremetida, se corresponden con lo que las páginas del libro ofrecen, y que estamos ante algo que excede con mucho los – indiscutibles por otro lado– buenos oficios de *marketing* de sus editores o de su autor (o de unos y del otro), lo corrobora ese modélico ejercicio de honestidad intelectual –y también de rigor científico– que contienen las veintisiete trabajadísimas páginas de la introducción. A lo largo de ella, y apoyándose en un completísimo repaso de la más destacada producción científica e historiográfica centrada en la cuestión del fenómeno del intelectual en España, Roberts va introduciéndonos de manera muy metódica en un amplio conjunto de nociones y paradigmas –también de debates y de cuestionamientos– que le serán de gran utilidad para convencernos, no sólo de la viabilidad de la lectura alternativa de Unamuno que nos propone, sino sobre todo del carácter de novedoso “desvelamiento” de su *approche* analítico al auténtico don Miguel, así como al verdadero sentido de su obra o a las “intenciones” últimas de sus intervenciones literarias, filosóficas, místico-religiosas o periodísticas. Todo lo anterior siempre en conexión con el cambiante contexto histórico español de la época, y siempre también sin perder de vista sus evoluciones.

Aun presentados en forma de tesis, el análisis del hispanista británico, a fin de abordar –con indudable éxito, habría que añadir– su ambiciosa empresa revisionadora del polígrafo vasco, se fundamenta en un conjunto de supuestos que, además de exponerse con gran coherencia, cuentan a su favor con la gran credibilidad científica que supone su correspondencia con determinados esquemas teóricos de crítica literaria todavía hoy muy en boga. Armado con esos instrumentos, Roberts se siente lo suficientemente seguro como para fijar su objetivo en el cuestionamiento a fondo de los juicios y valoraciones vertidos sobre Unamuno por buena parte de la historiografía. Pues éstas se nutren de la lectura parcial de la obra y del autor que habría ocasionado la hegemonía ejercida entre los investigadores por una suerte del “canon orteguiano”; todo un artefacto ideológico responsable de la proyección de una falsa imagen de don Miguel, fabricada a la medida del interés y del propósito de José Ortega y Gasset por figurar, en solitario y en exclusiva, como el primer intelectual moderno en España y como su paradigma.

El origen de este esquema o estructura de pensamiento, considerado por Roberts como todo un *a priori* escamoteador de cómo en verdad fueron las cosas, se debería a que José Ortega y Gasset no habría sido sólo un productor de ideas o un pensador más o menos prolífico o aun valioso. Tampoco únicamente un dinamizador del

panorama cultural español del primer tercio del siglo xx de talla indiscutible. Sino que lo que sobre todo buscó Ortega fue encarnar en toda su integridad, y en régimen de monopolio, la función de un intelectual moderno. Pero no de cualquier modo, sino de manera tan “totalitaria” o absoluta, y con tanta pasión, que toda su trayectoria podría resumirse en la utilización por el filósofo madrileño de sus indudables dotes intelectuales, y también de sus contrastadas capacidades de relación social –sin olvidar su reconocido encanto personal–, para promocionar su pensamiento y a sí mismo, situándolo –y situándose él– en el epicentro de la vida político-intelectual española. Sólo así, siendo reconocido como el primer y más autorizado representante español de la ciencia moderna y de la cultura europea, lograría atribuir a su magisterio el halo de ejemplaridad que exigía la realización de su anhelado proyecto de dotar a España de una nueva moral colectiva.

Ortega –lo sabemos bien– cosecharía un éxito considerable en esta empresa de autopromoción. Desde luego lo obtuvo de manera particular entre quienes por ser sus iguales en edad –además de por compartir sus mismas inquietudes y certezas– no demostrarían demasiado empacho en ver en la fuerza de su personalidad atributos más que de sobra para proclamarle el representante de toda una generación de españoles, y para ver en él al maestro “ejemplar” de las que habrían de venir. Sin embargo no le iba a resultar tan sencillo arrancar de sus *seniores* ese mismo reconocimiento; sobre todo cuando eso mismo implicaba renunciar a favor de Ortega la posibilidad de ejercer el papel simbólico que habían elegido para establecer la relación entre el escritor y su público. Y esa fue la tesitura de imposible solución en la que, más que ningún otro, se encontró Unamuno.

En efecto, como nos relata con gran maestría Stephen Roberts, la cuestión de fondo que acabaría lastrando las relaciones entre estas dos grandes figuras se debió a que ni Unamuno ni Ortega estaban dispuestos a ver en el otro a un igual. Ambos se sentían en posesión única y exclusiva de la condición de intérpretes autorizados del ser moral –o mejor, del *deber ser*– de los españoles. Uno –el caso de Unamuno– mediante la invocación a la “moral pública”; el otro –el de Ortega– mediante su apelación a la “moral colectiva”. En esta competida carrera por el reconocimiento máximo y por el estatus superior, hacia 1912, y ya de manera incontestable, la victoria fue a parar del lado de don José. Es decir, el problema entre Ortega y Unamuno, o entre Unamuno y Ortega, era que ambos deseaban ser reconocidos como intelectuales en los mismos términos.

Sin embargo, sostiene Roberts, Ortega no se contentaría con un mero disfrute momentáneo de su triunfo. Ortega aspiraba a mucho más. Su liderazgo del ambiente intelectual español –que él (en esto al igual que su contrincante Unamuno) siempre identificó con el reinado sobre la escena madrileña– debía de ser tan completo y duradero cuan ambicioso era su proyecto de regeneración de la vida pública española. De ahí su incansable empeño por imponer su versión de los hechos a través de un relato interesado; un relato dirigido –o quizás teledirigido– a

convencer a propios y a extraños de la insuperable extravagancia moral e incompetencia personal de su rival.

Con esa operación de deslegitimación de la figura de Unamuno, don José no se estaba dejando arrastrar por los arrebatos pasionales de un espíritu resentido por los desaires del siempre muy suyo don Miguel. Si en esa operación de falseamiento y de medias verdades hubo acaso algo de personal, sin duda ese ingrediente no fue ni el único ni el más importante. La “aniquilación por que sí” de Unamuno no fue la obsesión de Ortega, sólo contó como uno de los efectos colaterales de su verdadero propósito, el que le condujo a fijar en su magistral *entrée* en la vida pública el *año 0* del proceso que habría de llevar a España, de una vez por todas y de manera definitiva, del pasado a la modernidad. Ortega no pretendía ser visto sólo como el primer verdadero pionero. Lo que quería sobre todo era presentarse como la única posibilidad, como la incuestionable alternativa entre el ser y el no ser de los españoles.

Es muy probable que José Ortega y Gasset, pensador, filósofo, publicista, pero por encima de todo un intelectual de pura cepa, careciera de suficiente capacidad de autocritica; seguramente también anduvo algo escaso de realismo. Pero lo que nadie le puede discutir es falta de brillantez o de poder de persuasión. Desde luego tuvo mucho de las dos cosas, al menos en grado suficiente como para que apenas nadie pusiese en cuestión su condición de *prima donna*, dispuesto situarse –y con capacidad de lograrlo sin apenas disputa– en el eje del relato científico sobre la vida político-cultural de la época. El resultado de todo lo anterior habría consistido en el establecimiento –señala Roberts– “de una cierta ortodoxia” o interpretación canónica de los acontecimientos según la cual éstos tienden a ser valorados y enjuiciados “a la luz de su proyecto [de Ortega] y de sus realizaciones”.

Teniendo en cuenta lo dicho se explica que el estudio de Stephen Roberts tenga mucho de denuncia: de una visión teleológica –que se habría infiltrado en numerosos estudios contemporáneos– obstinada en afirmar que antes de Ortega y de su generación no habría existido en España una verdadera cultura intelectual; de que los supuestos intelectuales finiseculares –Unamuno a la cabeza– no eran tales, o como mucho lo habrían sido de manera insuficiente e incompleta.

En el fondo de esa visión –acertadamente nos viene a indicar el autor– se emplaza un no pequeño problema historiográfico; el que plantea una identificación excesivamente categórica de la noción de intelectual con una de sus posibles formas históricas: la alumbrada por el molde orteguiano.

De ahí que para nuestro autor el cuestionamiento de los paradigmas que gobiernan la historiografía intelectual marca la condición primera para, entre otras cosas, elaborar un relato científico centrado en el Unamuno real, y no en un Unamuno ficticio.

¿Y cómo es el Unamuno real que nos propone Stephen Roberts?

Pues, ni más ni menos, que todo un intelectual –el primer intelectual moderno en España–, de tanta o mayor altura que el mismísimo Ortega, aun construido con otros materiales. Un intelectual –esto así, a diferencia de Ortega y de otros– que se fue construyendo y reconstruyendo a sí mismo como intelectual *a la vista de todos*.

De ahí que, concluye el autor, la visión de Unamuno como un intelectual, además de proporcionarnos la clave para poder mirar al personaje y a sus escritos desde una nueva perspectiva global –desde la cual “[aparezcan reunidas] las distintas facetas de su obra y le dé sentido de un modo comprensivo”–, asimismo sea de un valor científico inigualable para determinar “las condiciones políticas, sociales, culturales, intelectuales y literarias” que hicieron posible la emergencia en la España de fin de siglo del intelectual moderno.

Así pues, y como se puede comprobar de la lectura de esta obra, Roberts se fija como meta, no ya sólo ofrecer una imagen nueva y revisionadora de Unamuno, sino que también se interesa en plantear nuevas perspectivas y valoraciones acerca del intelectual moderno, de las cuestiones hondas y variadas que explican su emergencia a finales del siglo XIX, o –entre otras cosas– en señalar la gran variedad de matices y de significados –o de formas de intervención– que esta figura adquirió en función de unos contextos históricos en cambio y en evolución.

Por último habría que añadir que, con su magnífico trabajo sobre Unamuno, Stephen Roberts nos advierte de los graves problemas de comprensión que puede ocasionar el estudio del contexto político-cultural de la España de fin de siglo a partir de paradigmas y modelos externos, particularmente franceses –los más extendidos–. Para el autor no hay duda de que la riqueza, complejidad y variedad propias del contexto español recomienda que se aborde la investigación del período a partir de sus propias especificidades. Seguramente, ese enfoque, además de contribuir a un mejor conocimiento de la historia de España, proporcionará elementos de gran valor para fijar en toda su amplitud la profunda crisis intelectual que por entonces comenzó a dejarse sentir en el mundo occidental; una crisis que, entre otros efectos, iba a producir la quiebra de la certezas en las que se había apoyado el liberalismo decimonónico, y que –en el caso español– acabó proyectándose, haciéndola posible, en el fracaso de julio de 1936.

Álvaro Ferrary
Universidad de Navarra

LUGONES, Néstor A. *Los Bestiarios en la Literatura Medieval Castellana*. Palencia: Cálamo, 2006. 270 pp. (ISBN: 84-95018-91-8)

El imperativo de Ortega: “un libro de ciencia tiene que ser de ciencia, pero también tiene que ser un libro”, que Curtius estampó al frente de su *Literatura europea y Edad Media latina*, lo satisface sin duda este volumen de Néstor Lugones. Es un estudio bien fundamentado: se basa en su tesis doctoral, defendida en 1976, y además ofrece en la introducción una discusión crítica de la bibliografía más reciente, hasta la última década. Por otro lado, se leen con gusto las variopintas noticias sobre animales que proporciona la literatura medieval; por ejemplo, el método para la caza del elefante según el *Alexandre*: identifíquese el árbol en que suele apoyarse para